

campo, y después de la cena se acostaba durmiendo profundamente.

Cesáreo á veces inculpábase de gastar tanto dinero mientras su hermano trabajaba con tanto ahinco. Un día quiso probar la vida campesina. A la vista de los segadores, gente pobre, mal vestida, que comía pan negro solamente, sintióse conmovido, haciéndole comprender su estado de dicha en contraste con el doloroso vivir de los trabajadores. El campo era árido, seco, triste. El sol derramaba fuego. Pensó con nostalgia en su habitación fresca y silenciosa, y una gran tristeza invadió su ánimo mirando á Sebastián mezclado á aquella turba de gente mísera encorvada sobre el suelo...

Alejóse, llegando hasta el río, cuyas orillas llenas de árboles diéronle sombra y reposo.

Desde aquel día todo instinto campesino se extinguió en él.

TRES AÑOS DESPUÉS

A los diez años, al caer en un foso, Sebastián se había roto un dedo de la mano derecha. Le perduró el defecto, logrando así eludir el servicio militar, no obstante su constitución vigorosa.

Cesáreo, al llegar á la edad legal, tuvo que interrumpir los estudios para cumplir sus obligatorios deberes de soldado.

Al principio sufrió horriblemente. Escribía cartas muy tristes y sin las ayudas pecuniarias, en secreto, de su madre, que le permitían vivir con relativo desahogo, hubiera cometido una locura.

La disciplina militar y las marchas forzadas lo consumían, sin domarlo.

Partió enfermo, regresando al poco tiempo, en uso de licencia, casi moribundo, á tal punto que creyeron moriría. Restablecióse lentamente; hiciéronlo cabo; después lo ascendieron á sargento. Ya se estimó un personaje importante.

En los últimos meses que pasó en Orolá, Cesáreo se puso de moda. Era de una ex-

traña belleza, pálido, los ojos profundos y lívidos, aquellos ojos que eran todo un misterio tras los cristales de los lentes de oro. Encantaba á las muchachas de la ciudad. Acompañábale siempre Jenaro Rosa, su amigo entrañable. A éste, rico y de hermoso continente, tenía en olor de irreductible conquistador.

Por entonces, Cesáreo pensó seguir la carrera militar, ingresando en la Academia de Caserta para salir oficial. También pensó adelantar sus estudios facultativos para hacerse médico militar.

A poco se enamoró de una señorita... pobre. No obstante su pregonado escepticismo, Cesáreo se apasionaba fácilmente, olvidando á una por otra. Llegó á tal extremo en su enamoramiento que abandonó sus proyectos ambiciosos. Volvió á estudiar, al mismo tiempo que cumplía sus deberes militares, matriculándose en la Universidad para seguir la carrera de Derecho, como Jenaro Rosa. Marchóse á Roma. En casa de Valepa se hicieron muchas economías para sufragar los gastos del estudiante, creyéndole una esperanza.

La vida era la misma al cabo de los tres años; Lucía y Angela, á los veinte, no habían cambiado. Catalina continuaba alocada. Antonino—con sus diez años—parecía un poco más serio, pero jugaba siempre en compañía de Nel.

Ana—doña Ana, como la llamaban las criadas—se había transformado mucho, haciéndose una mujercita. Era la dulzura y la bondad personificadas, como Sebastián á

los veinte y cinco años, representaba la fuerza, la juventud y la honestidad.

Ahora Sebastián había puesto sus cariñosas predilecciones en Catalina y á ratos parecía desdeñoso con Ana.

Para Catalina eran todos sus cuidados y todos sus mimos. Le reservaba las mejores frutas; montábala á la grupa de su caballo llevándola al campo, atenciones que no tenía con Ana y con sus otras hermanas.

Ana lo comprendía, pero no se quejaba. Sabía que no era hermana. Además deseaba vivir en paz en aquella casa, habiéndose formado una idea justa de su posición. Acordábase de que había sido bien recibida en la familia Valena, tratándola como una hija, y quería serle útil.

Pablo Valena quería tanto como á sus propias hijas. El trabajo continuo, fatigoso, envejecía á Pablo. Sus cabellos se tornaban blancos; la palidez ebúrnea de las personas cansadas sustituía en su rostro el rosado color de antes.

Había días en que, después de una jornada á caballo, tras una larga ausencia del hogar ó después de escribir muchas cartas, parecía un viejo de sesenta años. En esos momentos Ana lo confortaba.

Tanto la mujer como los hijos sentían un profundo respeto por Pablo. Mientras lo rodeaban de cuidados, permanecían ante él tímidos. En cambio, Ana no le tenía temor alguno. Cuando lo encontraba de mal humor revolviase en torno de él, á distancia, esperando la ocasión oportuna de acercarse. El acababa por serenarse. Entonces,

poco á poco, la niña se aproximaba, preguntábale si estaba enfadado con ella, regocijábalo con su infantil sonrisa, acabando por saltarle al cuello y hacerle mimos que le recordaban los bellos tiempos ya idos, cuando eran muy pequeños sus hijos y cabalgaban á caballo sobre sus espaldas.

Amaba tiernamente á Ana, porque ya tenía el propósito de casarla con Sebastián ó con Cesáreo.

¿Cómo se había transformado, dónde adquirió la elegancia, la vivacidad, sus modales correctos?

La gentileza en el vestir y la elegancia en sus maneras arrancaban de su propia vida íntima.

Ana rebotó alegría cuando, por su causa, aunque de un modo indirecto, un suceso fausto acaeció en casa de los Valena.

Fué el matrimonio de Angela.

*
* *

Después de algún tiempo se hizo el reparto de la herencia de doña Ana. Tocóle á Anita un bosque situado entre Orolá y el villorrio.

Pablo Valena, con el consentimiento de la sobrina, determinó talarlo y con este motivo pensóse en organizar una fiesta en el mismo bosque, el día que se señalasen los árboles que habían de derribarse.

Para las talas es indispensable una autorización. El propietario de un bosque no puede cortar todos los árboles; sólo un número relativo, y los que se pueden talar son

señalados por los guardias forestales á las órdenes de un Inspector de montes.

Era por aquel tiempo Inspector forestal en Orolá un joven sardo, rubio y de gallardo continente. Llamábase Pedro Demeda. Como empleado era de una severidad á toda prueba, tanto que muchos lo odiaban. Estaba en buenas relaciones con los Valena.

Pablo, al decirle que llevaría á su familia el día que se marcaran los árboles del bosque de Ana Malvas, invitólo á compartir la modesta fiesta familiar.

Pedro aceptó, contento de acompañar á unas muchachas hermosas. Vivía solo en Orolá, donde no siempre hallaba ocasión de charlar con chicas jóvenes y bellas.

La vida monótona del café, lugar en que siempre se sostiene las mismas conversaciones, le aburría. Nada más que la esperanza de adelantar en la carrera le hacía soportable la vida en Orolá.

El bosque estaba á tres horas de distancia. Antes del alba, un alba nítida de Mayo, todos estaban en pie en casa de Valena. Las criadas habían partido ya en un carro cargado de vitualla. Lleváronse los mejores vinos de la bodega, viandas escogidas, frutas raras.

La comitiva, á caballo, partió de Orolá á las cinco de la mañana. Lucía, Angela y Ana montaban, buenos ginetes, gallardas cabalgaduras bien domadas. Únicamente el caballo de Angela era un poco resabiado, impetuoso, pero ella lo enfrenaba hábilmente con su mano blanca y fuerte.

Catalina iba á la grupa con un invitado

y Antonino con un guarda-bosque. Nel quedóse en casa con la mamá y Sebastián estaba ausente, en el campo.

Pasó alegremente la cabalgata en marcha, primero por las calles de la ciudad, á aquella hora silenciosas, y después por el camino, saturado el aire de la frescura de la mañana espléndida.

Pedro Demeda montaba un hermoso caballo negro. Vestía de cazador; con escopeta, revólver y cuchillo. También Pablo llevaba armas y los perros que seguían á la comitiva ladrando daban la impresión de una partida de caza. En el bosque había ciervos y la expedición bien podía terminarse con una cacería.

Ana sonreía, admirando con su instintivo gusto de artista, la radiante claridad matinal. Parecíale reconocer los lugares por donde había pasado cuatro años antes.

—¿Por qué—exclamó—en vez de venir con nosotros Sebastián, se ha marchado de nuevo? Cada día se vuelve más huraño...

Atravesaron una llanura pantanosa, donde crecían juncos altísimos.

El olor de los juncos y del agua estancada impregnaba el aire.

Al tomar de nuevo el camino, las muchachas pusieron los caballos al galope, avanzando rápidamente hasta que hicieron alto. Volvieron los rostros, firmes en las monturas, esperando á los retrasados. En el esplendor de aquel sol de Mayo la yerba cubríase de flores salvajes y las espigas reverdecidas ondeaban al soplo de una caricia invisible.

Nunca olvidó Ana esta mañana magnífica.

Pronto una columna de humo azulino les señaló el término de la jornada. Ya estaban cocinando las criadas.

Al descabalgar, Ana se sintió orgullosa de hallarse en su bosque, y el saludo de las criadas llamándola doña Anita le pareció un homenaje.

Nadie, sin embargo, durante el día acordóse de que Ana era la reina de la fiesta. Todas las atenciones de los jóvenes, sobre todo de Pedro Demeda, eran para Lucía y Angela, que estaban aquel día bellísimas como nunca.

Después del almuerzo verdaderamente opíparo, mientras se abandonaban todos á una ruidosa alegría, Ana y Catalina desaparecieron. Llegáronse á una fuente próxima que nacía entre helechos y flores.

—¡Parece el Paraíso!—dijo Ana.

Festones de yedra y de musgos cubrían los troncos y ramas de los árboles y á través de ellos el sol cernía su luz de oro y el cielo descubríase sonriente como un sueño tranquilo y lejano. Cantaban enamorados los pájaros; insectos invisibles y grandes mariposas con las alas color escarlata y esmeralda pasaban volando.

Distantes oíanse las voces de los expedicionarios y Ana y Catalina, tumbadas sobre el césped, después de contar muchas cosas alegres, durmiéronse...

Ya declinaba el sol cuando la comitiva emprendió el regreso. Pablo insistía en ca-



zar un momento, pues el guarda-bosque afirmaba haber visto un ciervo por aquellos parajes.

Pablo y Pedro adelantáronse para intentar darle caza, seguido de la trailla de perros. Las muchachas, acompañadas por los otros invitados, continuaron tranquilamente la marcha. Cuando llegaron al confín del bosque vieron que los cazadores no habían cobrado ninguna pieza. Mas, los perros removíanse inquietos y Maometo olfateaba el rastro del ciervo.

Pablo y Demeda estaban en acecho. Un pastor les había confirmado la existencia del cervatillo que todas las tardes atravesaba el bosque, á la hora del crepúsculo, para abreviar en la fuente, junto á la cual Ana y Catalina habían sesteado.

—Nosotros estaremos aquí una media hora—dijo Pablo á Angela—hasta que Maometo descubra el ciervo. Vosotros continuad...

—Nos quedaremos también, contestaron las muchachas.

Por no entorpecer, retiráronse á una altura, procurando estar innóviles y silenciosas. Ana, Lucía y Catalina dejaron las monturas. Sólo Angela permaneció á caballo.

—¡Bájate!—le dijo Lucía.—Te vas á cansar.

—Estoy bien. Si estorbo me marchó.

—No es por eso.

Angela se alejó, deteniéndose bajo un árbol. Muy próximo á ella vió Angela á Pedro, al acecho tras el bosque, con la escopeta en la mano, que la saludó sonriendo.

Trancurrió media hora. Las muchachas comenzaron á aburrirse; la tarde caía y los

cazadores estaban siempre firmes y silenciosos, mientras que los lebreles iban y venían sin rastrear nada.

De pronto reapareció Maometo, el rabo inquieto, rebrillantes sus ojos inteligentes. Pablo conoció que el perro había ojeado el ciervo.

—¡Anda! exclamó. Maometo partió como una flecha, seguido de los otros perros.

Angela lo sintió abatir furiosamente el boscaje. Sonó un disparo, luego otro, después otro.

El caballo de Angela mordía el freno, desasosegado. El cervatillo, ya herido, apareció en el sendero.

Era una res de un año á lo sumo, de pelo brillante. Pedro la encañonó, disparando. Tan rápido y fuerte fué, y además tan próximo, el disparo, que la muchacha se llenó de espanto; vió oscilar el bosque. Lanzó un grito de horror y dió con la frente en la tapia. El caballo espantado echó á correr locamente y Angela fué despedida de la montura.

Pedro había matado el ciervo, pero la caída de Angela malogró su triunfo.

Hubo que esperar más de un cuarto de hora á que la muchacha recobrará el sentido. Estaba herida en la cabeza y necesitó guardar cama un par de semanas.

Todos los días el Inspector iba á enterarse del estado de la enferma y cuando no podía hacerlo personalmente enviaba á uno de sus guardias á pedir noticias acerca del curso de la dolencia.

Con este motivo, la tristeza de los prime-

ros momentos se cambió en una vaga y esperanzada alegría.

En casa de Valena no se atrevían á hablar de esta esperanza, pero todos, desde Pablo á Catalina, bien conocían que Pedro se había enamorado de Angela y abrigaban el presentimiento de que la pediría por esposa. Era un gran partido. Sólo Angela parecía no darse cuenta, molesta de la larga convalecencia; mas, lentamente, la herida se cicatrizó, y, quitadas las blancas vendas, la cara de la muchacha recobró todos sus juveniles encantos.

El día de San Pedro y San Pablo, Pedro Demeda envió un regalo á Pablo Valena, y, en correspondencia, Pablo lo invitó á su mesa.

Desde entonces en toda la ciudad se indicó al Inspector como prometido de Angela. También ella, bien se conocía, estaba enamorada. Catalina la mareaba continuamente. Ya escribía con una caña el nombre de Pedro en la arena del huerto, ya lo trazaba con carbón en los muros.

Ella sufría y gozaba al mismo tiempo. Cavilaba que efectivamente Demeda prefería su compañía y que la miraba complacido al pasar. Pero, no le había dicho una sola palabra de amor.

Sebastián, á su regreso, estaba intranquilo; hubiera deseado que Pedro Demeda cesara en sus visitas á la casa ó se declarase abiertamente.

Un día, pálido y agitado, llamó á una de las dos criadas, Agueda, llevándola á un rincón del huerto. Desde la ventana del

0
3
3
3

cuarto de Cesáreo Ana preseneió casualmente la escena.

Sebastián hablaba, lívido, con los crispados puños en alto. A la postre Agueda entregó una carta, y él la leyó, haciéndola después pedazos.

Al día siguiente Pedro Demeda pidió solemnemente la mano de Angela. Más tarde Ana se explicó cuanto había presenciado. Pedro había dado una carta á Agueda para Angela, pero Sebastián que espiaba á la criada, la sorprendió.

—Dí á ese señor—dijo Sebastián después de romper la carta—que Angela Valena tiene buenos padres y mejores hermanos. Y tú, prepárate á marcharte esta tarde mismo...

El primer día que fué recibido Pedro como novio oficial, se le dispensó un cariñoso recibimiento en casa de Valena. Á Anita se le puso de largo, recibiendo parabienes.

—Ya sabemos que estás en edad de casarte... le dijo Sebastián pasando junto á ella.

—¿Te desagrada estar de largo? le interrogó Lucía. Á tu edad, Angela y yo nos habíamos olvidado ya del día en que nos lo pusimos por primera vez... ¿Es que quieres ser siempre niña?

—¡Bah! ¡Si es de alegría! ¿no lo ves? replicó Sebastián riendo.

Ana lo miró, irritada, y se marchó con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah, bien se veía! Ya Sebastián no la estimaba y la perseguía con sus bromas, cuando no la trata-

ba con enojosa indiferencia. Cavilaba siempre qué cosa había hecho para merecerse aquel despego después de la dulce estimación en que antes la tuviera.

No conocía que Sebastián la amaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO